

Daniel Girela Sarrión

UN VIAJE ACCIDENTADO

Son las doce y veinticinco del mediodía. Estoy cómodamente sentado en un sillón de un Talgo que, aproximadamente en dos horas, debería llegar a Madrid, y me aburro. Las casi tres horas que llevamos los pasajeros aquí metidos producen un efecto de cansancio en nosotros que comienza a hacer mella, y si a esto le unimos la eficacia de la calefacción, que fácilmente puede haber puesto la estancia en una temperatura más propia del 30 de Julio que del 2 de Enero en que nos encontramos, no extrañaría que se produjeran conductas bastante inesperadas en algunos de los viajeros.

Unos están plácidamente dormidos en la comodidad de sus asientos (tal y como estaba yo hace un rato) y, fijándose atentamente, se observa que tienen posturas bastante variopintas. Allá al fondo del vagón hay un grupo de cuatro muchachas (de muy buen ver, todo sea dicho) que apoyan sus pies las unas en las otras y que usan como manta (innecesaria, por cierto) un chaquetón azul. En el centro hay una pareja de ancianos que, tras haber comprado un muñeco abusivamente caro del catálogo de venta a bordo, presumiblemente para su nieto, han caído en los brazos de Morfeo, apoyando ella la cabeza en el hombro de él, y él la suya en la de ella. Y sin irme tan lejos, detrás mía hay un niño pequeño que utiliza el brazo derecho de su padre como almohada, tal y como yo hiciera unos años atrás con el mío.

Mientras todos ellos duermen, otros utilizan los auriculares de suprema calidad RENFE para oír una película que se proyecta en los monitores repartidos por el vagón y que, por su parte, no suele ser de tanta calidad. Si hago un repaso por todas las que he visto a lo largo de mi vida como asiduo viajero de tren, recuerdo que la mejor que vi fue “Los Ángeles de Charlie”, en la que el mayor atractivo eran las curvas de Drew Barrymore...

Y aparte de todos estos, que son la mayoría, hay un reducido grupo de pasajeros que desarrollan acciones bastante interesantes, A mi derecha hay sentada una chica que hace crucigramas...y debe tener un talento innato para ellos, ya que ha conseguido completar uno escribiendo girar con J y vaquero con B...a mí me resultaría bastante complicado, desde luego.

Delante de mí hay una pareja de adolescentes, probablemente de mi edad, que se entretienen jugando al ajedrez desde que salimos de Málaga. No sé cómo no me he levantado aún para retarlos a una partida: ésta es una de mis mayores aficiones y el chico juega las mismas aperturas que yo...pero parece que lo hace bien. Aunque en ellos probablemente lo mejor sea lo que rodea a la partida: juegan abrazados, piensan juntos...¿quién no se inspiraría así? De todos modos, aunque esté en desventaja, los retaré, a ver si alguno de los dos quiere jugar conmigo.

Han pasado veinte minutos y he ganado. La partida ha sido bastante interesante, y la mantendré en mi memoria, ya que un sacrificio algo dudoso me condujo a la victoria, y debería preguntarle a mi coleguita FRITZ si es correcto, porque de serlo se convertiría en un arma bastante importante en mi repertorio. La chica sonreía mientras miraba la partida...quizás ella ya conocía el sacrificio y no lo utilizaba por miedo al error, o a la humillación de su chico...aunque su cara refleja satisfacción, lo que es, cuando menos, curioso.

Mientras jugaba, me apoyé en sentido contrario al que había llevado durante todo el trayecto, con lo que pude contemplar partes del vagón que no había visto hasta

ahora...y vi una cara. Sentada en el último asiento había una muchacha de unos diecisiete años, metro sesenta, cincuenta y cinco kilos de peso, pelo liso y castaño, ojos marrones, piel clara y manos finas que sostenían un libro titulado “Anna Karenina” (creo que alguna vez copié un trabajo de ese libro en el colegio, por cierto), y que vestía vaqueros y jersey negro...y aún me asombraba cómo me había podido fijar en todo aquello en un momento. La cuestión es que parecía viajar sola, y mis pies se acercaron hasta ella, y mis labios dijeron:

- Hola, ¿qué tal?

¡Imbécil! ¿Cómo se me ocurre? ¡Anda que menuda manera de presentarme! Si es que desbordo elocuencia por los cuatro costados...Ahora seguro que me está mirando con cara de póker o desternillándose con la que se me ha quedado a mí con la genial ocurrencia. Levanto la vista un poco y, efectivamente, se está riendo, aunque es una risa tímida, aparentemente sin maldad. Cualquiera diría que más que de mí se está riendo conmigo.

- Se te ha caído eso...

Me señala a los pies...¡Mierda! ¡Si es que no podía ir peor! Se me ha caído una guía turística de Madrid por el lado de la contraportada, en la que se puede observar una chica bastante ligerita de ropa que protagoniza un anuncio de un local de striptease. Si ya lo decía Murphy: “la tostada siempre se cae por el lado de la mantequilla”...Ahora seguro que pensará que soy un perverso mental que va a la capital en busca de lo que ya he agotado en mi ciudad...Será mejor que me rinda sin empezar.

- ¿Quieres sentarte?

Esto sí que me ha pillado de sorpresa. En lugar de asustarse de mí o tomarme por un depravado e ignorarme, va y me invita a acomodarme en el asiento del que ha retirado su abrigo. ¿Por quién me toma? ¿Por un desesperado? ¿Por alguien que se aburre y necesita compañía? Si es esto último...no anda muy desencaminada.

- Bueno.

Rápidamente me dirijo a mi butaca, cojo mi mochila y guardo en ella las cartas de cualquier manera, y me siento a su lado, después de tropezarme un par de veces por el camino.

- Pareces divertido.

¡No! ¡Si al final voy a ser un gracioso y todo! Me voy a terminar convirtiendo en un Casanova con las tonterías...

- Bueno, mis amigos suelen reírse de mí...

Esto se lo digo con una sonrisa en la cara, como diciendo “se ríen de mí porque tengo complejo de cómico y me paso el día haciendo payasadas de forma totalmente consciente con el fin de que se rían, ya que los chistes no es algo que se me dé muy bien”...si es que todo eso se puede decir con una sonrisa, claro.

Ella vuelve a sonreír. Su cara me parece preciosa, sobre todo en ese momento. Su sonrisa irradia felicidad. Entonces, se dirige a mí:

- ¿De dónde eres?

- De Málaga, ¿y tú?

- Yo soy de Madrid.

- Así que tú vuelves y yo voy...qué curioso.

¿Por qué habré dicho que es curioso? ¡Seré cabezón! ¡Eso sobraba! ¡Pero si no tiene nada de curioso! Unos van, otros vienen...es ley de vida. En fin, a lo hecho, pecho.

- Pues sí, vuelvo a casa de mis padres...parece que la aventura me ha superado, va a ser que finalmente tenían razón.

Esto último me deja intrigado. Aventura...¿qué quiere decir con eso?

- Aventura...
- Sí. Me fui de casa, harta de que mis padres no hicieran más que controlarme, que tratarme como si fuera una niña pequeña. Ya tengo dieciocho años, y su trato hacia mí no ha cambiado desde que cumplí los trece. Piensan que aún no he madurado...y después de todo parece que tenían razón.

Vaya...todo esto me pillaba por sorpresa. No pensaba que tuviera ese tipo de frustraciones, que se sintiera así de fracasada...ni que tuviese un año más de los que le eché en un principio.

- Señores pasajeros, les informamos que su tren está a punto de llegar a la estación de Madrid, fin de trayecto. Les rogamos que no se levanten de sus asientos hasta que el tren se detenga por completo...

Y todo el mundo se puso en pie, dispuesto a sacar sus maletas de los huecos en los que las habían dejado, como si el tren se las fuera a empezar a tragar en ese instante. Yo, por mi parte, miro a la chica y le digo:

- ¿No quieres agotar el último cartucho?
- ¿Qué?
- Ven conmigo.

No sé cómo se me ocurrió. Ahora ya sí que me mandará a tomar viento. A ver cómo lo arreglo ahora...

- Así podrás ganar algo de tiempo y no tendrás que volver aún a tu casa...

Se produce un intenso silencio, y ahora me soltará un “no, gracias, no me interesas”.

- Está bien.

Oí esas palabras como si estuviera en el Santiago Bernabéu celebrando el quinto gol de Raúl frente al Barcelona.

- Aunque antes...tengo que pasar por mi casa. Mis padres no llegarán hasta esta noche, y debo ir a buscar algo de ropa y lavar esta.
- Me parece bien. ¿Nos vemos al final de la tarde, entonces?
- Vale.

Todo esto que está pasando es muy raro. Siento unas ganas tremendas de ayudarla, y acabo de conocerla. Ni siquiera sé su nombre.

- Por cierto, ¿cómo te llamas?
- Carmen, me llamo Carmen.

Lo ha dicho con una cara de tristeza que derretiría al más pintado. Cualquiera diría que su nombre le recordaba algo doloroso...a mí sólo me suena a gloria.

- ¡Anda! ¡Como mi prima Margarita!

Dios mío, soy lo peor, menuda forma de intentar animarla...pero funciona. Vuelve a esbozar una sonrisa, con lo que me quedo mucho más tranquilo.

- ¿Y tú, cómo te llamas?
- Me llamo Francisco, Kiko para los amigos y las chicas guapas.
- Bien, pues, ¿a las siete en la puerta de la estación, Francisco?
- Vale, pero llámame Kiko.

En condiciones normales me habría ofrecido a acompañarla a su casa y ayudarla con el equipaje como buen caballero español que soy, pero supuse que querría estar sola, así que me despedí.

- Hasta luego.
- Nos vemos – y me dio un beso en la mejilla.

Lo siguiente que recuerdo es observarla alejarse hasta el fondo del andén para luego torcer hacia la salida de taxis, mientras sentía aún la calidez de sus labios en mi rostro, en contraste con el frío que hacía ahí fuera. Un encargado del tren me miró...

- ¡Chaval! ¡Que del calentón que llevas encima y el frío que hace aquí fuera vas a pillar una pulmonía!

Me espabilé y tiré de mi maleta como pude antes de que me echaran del andén a patadas. Salí a la calle y respiré el fresco de Madrid, lleno de polución y de vida al mismo tiempo. Abroché bien mi chaquetón y me dirigí al frente con paso firme, haciendo un camino que recordaba de memoria por haberlo hecho años atrás con mi padre. Crucé la calle a la altura de una churrería y miré a la izquierda. Allí se levantaba, imponente, tal y como lo recordaba, el hotel más caro y lujoso de la capital: el Ritz. Hacia allí me encaminé con decisión. Llegué al umbral y saludé al portero quitándome la gorra. Miré hacia dentro y vi aquellos suelos de mármol negro y aquellos sillones de cuero en los que había pasado algunas de las tardes más divertidas de mi niñez. Cuando el portero se disponía a coger mi equipaje para que entrara le pregunté:

- Disculpe, ¿la pensión Pizarro...?

Pobrecillo, se le quedó una cara...ya se había agachado y todo, y no parecía estar muy bien de la espalda...

- Sí, siga recto y tuerza a la derecha al final de la calle.
- Muchas gracias.

Cogí de nuevo mi maleta y seguí subiendo la calle. Siguiendo sus indicaciones llegué a la pensión sin dificultad. Abrí la puerta y un ligero hedor a podrido me hizo replantearme si hospedarme allí o no, pero no me quedaba otra opción: mi economía andaba bastante justa.

- Buenas tardes. Tenía una reserva a nombre de Francisco Ortega.
- Ehmmm...déjame ver.

La señora que se movía con soltura tras el mostrador debía tener unos sesenta años. Tenía las manos llenas de callos, supongo que de haber fregado muchos suelos, y una

pierna la hacía cojear, pero en su rostro se dibujaba una feliz sonrisa que me transmitía calidez.

- Pues...aquí tienes la llave. Es la primera a la derecha en la tercera planta.

Me señaló unas escaleras de madera de las que no me fiaba mucho. Subí con mi maleta con algo de dificultad y abrí la puerta. Hay que decir que la habitación estaba mucho mejor de lo que yo esperaba. Había un escritorio con un flexo y un cómodo sillón, una cama de matrimonio y un cuarto de baño viejo pero más limpio que la patena. La televisión se veía más o menos bien, por lo que deshice la maleta y me tumbé en la cama a ver el telediario. Tenía cuatro horas hasta encontrarme con Carmen de nuevo, así que puse el despertador a las seis...

Y no sonó. Me levanté a las siete menos veinte con los gritos de una mujer que decía tener un hijo de Julio Iglesias. Me duché, me puse los vaqueros y metí toda la ropa sucia en un cajón de forma que pareciese que la habitación estaba perfectamente ordenada. Eran las siete menos cinco. Salí corriendo de la habitación, solté la llave en el mostrador y volé hacia la puerta. Antes de salir oí que la mujer decía algo de un chaquetón...pero no la entendí hasta que estuve fuera. Sólo llevaba puesto un jersey finito encima de la camisa y hacía un frío que pelaba, pero no podía llegar tarde.

Corrí hasta la puerta de la estación saltándome dos semáforos en rojo por el camino, en los que escuché cómo un par de conductores me recordaban a todos los miembros de mi árbol genealógico, pero ni me paré a responderles. Llegué a la puerta de la estación y pasaba un minuto de las siete de la tarde. Apoyé las manos en las rodillas y traté de recuperar el aliento, cuando sentí una mano en mi barbilla.

- Vaya, eres el colmo de la puntualidad.

Y oí como un reloj que iba sujeto a esa mano marcaba las siete. Alcé la vista y allí estaba. Era Carmen, y estaba, cuanto menos, radiante. Llevaba puesto un pantalón negro, botas altas y un largo abrigo de color marrón. El pelo recogido en una cola que dejaba ver su preciosa cara con total perfección, y esos ojos que miraban directamente a los míos...sentí ganas de besarla, pero no lo hice.

- Bueno, hago lo que puedo.

- Deberías haberte abrigado.

- Eso mismo pienso yo.

Me miró y sonrió, pero tenía los ojos hinchados. Se notaba que había llorado. Cogí la maleta que tenía a los pies y le señalé la churrería por la que habíamos pasado esta mañana. Entramos y nos acomodamos en una mesa que había en la esquina. El camarero llegó rápido.

- ¿Qué desean los señores?

- No...yo, no...

- Ponga un par de cafés y una de churros.

- ¡Marchando!

Como no le guste el café me la cargo...

- Vaya...gracias.

Jajaja, si es que estoy sembrado.

- ¿Has cogido las cosas de tu casa?
- Sí, pero no sé a donde voy a ir?
- ¿No me dijiste antes que ibas a venir conmigo?

En esto que llegó el camarero y soltó lo que le habíamos pedido. El café estaba ardiendo, justo como le gustaba a mi madre, y los churros bien calentitos también.

- Bueno, pero no quisiera abusar...tú tendrás cosas que hacer aquí, no creo que vengas a Madrid para no hacer nada.
- Sí...quiero ver el Bernabéu.

Lo cierto es que venía a Madrid a ver a un primo mío que se casaría pronto por encargo de mi padre pero ya lo había llamado por teléfono para darle la enhorabuena, así que tampoco era tan necesario.

- ¿Y sólo para ver el Bernabéu vienes dos días a Madrid?

No recordaba haberle dicho que venía dos días, y creo que lo que me dijo después fue por la cara de extrañeza que puse.

- Oí que el revisor te preguntaba la fecha de regreso.

El revisor pasó dos horas antes de que yo me dirigiese a ella...¡se estaba fijando en mí!
¡Casanova, Casanova!

- Sí...es que prefiero tomármelo con calma.

El silencio que se produjo no me gustó nada.

- Y...¿llegaron tus padres antes de que te fueras?

Fijó la vista en el café para no levantarla hasta que nos fuimos.

- No, llegarán esta noche.
- Pero, les habrás dejado una nota, al menos.
- No...prefiero que no sepan que he estado en casa.
- ¿Y la ropa?
- Ya me la había llevado casi toda, lo único que he hecho es lavar la que tenía en la maleta y volverla a meter.
- Bueno...

Me levanté para ir al servicio y pagué en la barra para evitar la típica discusión que se produce cuando el camarero se acerca para cobrar.

- Vamos.
- Pero, ¿no pagamos?
- Ya está listo.
- Cómo eres...

Hacia tiempo que no oía esas palabras. Me recordaron a alguien a quien aprecio mucho.

Nos dirigimos a la puerta y salimos. Volví a sentir el viento helado metiéndose entre mis ropas y le indiqué el camino para ir a la pensión. Cuando llegamos la mujer del mostrador me miró con cara de pocos amigos.

- Esta es mi hermana, Pili.

Carmen reaccionó rápidamente.

- Buenas tardes.

La cara de la mujer cambió al mirar la fotocopia del libro de familia que le había dejado, ya que ahí figuraba el nombre de Pilar Ortega como hermana mía.

- Anda, subid que os vais a congelar.

Cuando llegamos arriba le abrí la puerta y solté su maleta sobre la cama. Carmen miraba nerviosa, y lo comprendo. Se había metido en la habitación de un completo desconocido que le sacaba una cabeza y que podía pretender cualquier cosa sin oponer ninguna resistencia.

- ¿Te encuentras bien?
- Sí, es sólo que...me estaba acordando de mi madre.

En eso se echó a llorar. En un acto instintivo la abracé y apoyé su cabeza sobre mi pecho, y no pude más que susurrarle al oído:

- Llorá.

A veces es mejor desahogarse, y lo cierto es que al verla llorando no me quedaron fuerzas para consolarla. No sabía qué decirle, la situación me superaba, pero en ese momento sólo quería que se pusiera bien, que sonriese de verdad, que no tuviera que sufrir nunca más.

Al rato dejó de llorar y se sentó en la cama.

- Me voy a duchar – anuncié.

Y me metí en el cuarto de baño con mi pijama. Llené la bañera y me metí allí dentro más a pensar que a relajarme. No entendía lo que estaba pasando. Esas ansias de ayudarla...no lo comprendía. Nunca me había sentido así con una persona. ¿Me estaría enamorando? No, no podía ser. No la conocía más que de aquella mañana, y no creo en el amor a primera vista...es imposible. Sólo sabía que quería ayudarla, e iba a hacer lo que estuviera en mi mano por ella.

Salí de la bañera a la hora o así y había ocurrido lo que yo esperaba. Se había quedado dormida sobre la cama sin quitarse la ropa ni nada. Metí una almohada bajo su cabeza, le quité las botas con cuidado y le coloqué por encima una manta que encontré por allí. Cuando la arropaba la oí susurrar un tímido “mamá”, y le puse el dedo en los labios para que callara y siguiera durmiendo...y lo conseguí. Saqué mi tablero de ajedrez y miré el reloj. Quedaban nueve horas para que la churrería volviese a abrir, así que supe que el libro de las partidas de Petrosian habría sido más apropiado que el de Fischer, pero bueno, con ese me las apañaría.

A las cuatro de la mañana, harto de la luz del flexo, vi cómo el rey negro caía tras no poder defenderse Spassky del fuerte ataque de Fischer, y cerré el tablero. Saqué la cartera de Carmen de su bolso y anoté su dirección. Cogí su móvil y apunté el número de su madre...y me sentía como un ladrón, pero supe que eso era lo mejor. Entonces, me senté en la cama, a su lado, y apoyándome sobre el cabecero, me quedé dormido.

- Kiko, Kiko, despierta.
- Mamá, déjame cinco minutos más.

- Vamos, Kiko, anda levántate que son las doce...

Mi madre no solía ser tan paciente. Abrí los ojos y allí la vi. Se había duchado y había dejado el baño reluciente. Llevaba puesto una preciosa blusa blanca y los vaqueros, y llevaba el pelo suelto.

- Anda que no acostarte...ya te vale.

Yo estaba tumbado, acomodado en la postura que había encontrado para poder dormir sin tocarla, ya que no quería que pensara que me quería aprovechar de ella...y parece que funcionaba, porque su mirada mostraba mucha confianza.

- Bueno, es que te vi tan dormidita que no quise despertarte...y además, el ajedrez siempre me absorbe.
- Sí, claro, y creerás que yo me chupo el dedo.
- Pues...yo lo hago a veces, me ayuda a dormir.

Se rió casi a carcajada limpia, y me encantó verla así de feliz.

- Anda, anda, desayuna, que te creerás que te iba a dejar que me invitaras ayer a cenar tan fácilmente.

Miré al escritorio y había un señor bocadillo de jamón y un tetra brik de zumo de naranja...había acertado de pleno.

- ¿Tú no habrás hablado con mi madre antes de comprarme el desayuno, verdad?

Sonrió de nuevo.

- Anda, come, que se enfría.

Devoré el bocadillo ávidamente tras recibir una negativa cuando le ofrecí un trozo. Me tomé el zumo con igual rapidez.

- Qué bueno estaba.
- Pues vístete que tenemos prisa.
- ¿Y eso?
- Venga, vístete.

Pues nada, hubo que vestirse. Me metí en el cuarto de baño, me asecé y me puse los vaqueros. Salí sin camiseta y miró para otro lado en señal de cortesía.

- Que soy feo pero no asusto tanto...

Se rió y me quitó la camiseta que había cogido, dándome otra.

- Mejor ésta.
- Pues nada...esta me pondré.

Terminé de vestirme y salimos. Yo la seguía, y ella marchaba con camino decidido. Bajamos la calle y cogimos un autobús que nos dejó en el paseo de la Castellana.

- ¿Dónde vamos?

Siguió andando y unos cincuenta metros más adelante me respondió.

- Mira a la derecha.

Y ahí estaba. El Santiago Bernabéu. La olla a presión que creaba el miedo escénico. El teatro en el que se habían representado las más grandes obras deportivas de la historia, por el que habían desfilado jugadores de la talla de Di Stéfano, Puskas, Gento, Amancio, Santillana, Butragueño, Raúl, Zidane... Y yo tenía toda la cara de ilusión de un niño de cinco años. La miré:

- Gracias...

No supe qué otra cosa decir. Aquello era un sueño. No empecé a interesarme por el fútbol desde que marché a Málaga, y siempre quise volver a Madrid por ver el Bernabéu, y ella me había hecho caso la tarde anterior y había cumplido mi sueño.

Entramos a la sala de trofeos, me leí todos los cartelitos que explicaban cuándo se había ganado cada uno, disfruté en la sala de audiovisuales viendo los goles de todas las copas de Europa y me hice una foto en la panorámica del palco VIP y otra en el asiento de Florentino. Ella sólo me miraba con cara de satisfacción.

Cuando salimos fuimos a comer a una pizzería de al lado y volví a darle las gracias.

- Es lo menos que podía hacer después de todo lo que me has ayudado
- ¡Pero si no he hecho nada!
- ¡Cómo que no! Me has dado cobijo sin conocerme, me has dejado dormir sin intentar propasarte, has escuchado mis penas, has aguantado mientras lloraba...
- Bueno, tú me has traído al Bernabéu, así que estamos en paz.

Sonrió. Creo que mis chistes malos habían encontrado un buen destinatario. Pero, creo que este era el momento de ponerse serio.

- Y tu madre...

Se le cambió la cara.

- ¿No piensas hablar con ella?
- No sé qué decirle. Me fui de casa como una niña pequeña con una rabieta, no los he llamado desde hace un mes, ¿cómo voy a volver ahora?
- Seguro que te echan de menos.
- Mi padre no querrá que vuelva. Siempre me había dicho que la puerta estaba abierta, que podía irme de allí cuando quisiera, que él nunca me retendría.

Me pareció que iba a llorar, así que traté de desviar la conversación y llegaron las pizzas, por lo que nos dedicamos a comer y supongo que se le pasó. Al terminar de comer la acompañé a la pensión y le dije que tenía que ir a ver a un primo mío, que si me esperaba allí un par de horas. Asintió, por lo que me fui. Doblé la esquina y me metí en una cabina. 9-1-5-3-2-4-5-6-7.

- ¿Diga?
- Buenas tardes. ¿Con la señora Martínez, por favor?
- Sí, soy yo.
- Hola. Soy Francisco Ortega, un amigo de su hija. Me gustaría hablar con usted en persona, si puede ser.

- Pero...mi hija...
- Está bien, no se preocupe. Yo soy un compañero suyo del instituto. Se ha estado quedando conmigo todo este tiempo, pero creo que debe volver a casa. ¿Le importa si voy a su casa y hablamos más tranquilamente?
- Bueno...
- Muy bien, estaré ahí en diez minutos.

Colgué el teléfono y cogí un taxi. Le di la dirección.

- Chico...la calle Preciados es peatonal.
- Bueno, es igual, déjeme lo más cerca que pueda.

Paramos en la Gran Vía y la carrera me costó seis euros, pero gracias a mi capacidad de observación ya podía volver andando. Seguí las indicaciones del taxista y al pasar el Corte Inglés, allí estaba. El número 79. Subí y toqué a la puerta. Una señora de unos cuarenta y tantos años me abrió la puerta.

- ¿Señora Martínez?
- Pasa, hijo, pasa.

La cara se le caía a pedazos. Sólo había tristeza en ella. Parecía que la casa estaba muerta desde la marcha de su hija. Me hizo pasar al salón y, exhibiendo unos modales exquisitos, me ofreció una taza de café que acepté sin vacilar.

- Mi hija...
- Está bien, no se preocupe. Sólo ha sido una niñería.
- Pero...¿por qué?
- Bueno, supongo que se sentía agobiada. Ella dice que ustedes la agobiaban mucho, que no tenían en cuenta lo que había madurado, y pensó que al marcharse podría demostrarles que sí que lo había hecho, que era capaz de vivir sola, pero no lo es.
- ¿Y por qué no volvió?
- Porque pensó que su marido no querría que volviera.

En ese momento escuché un crujido a mi espalda. Un hombre de la misma edad que la mujer estaba en la puerta del salón, y dejaba ver un par de lágrimas resbalar por sus mejillas.

- Chico, no habría nada en este mundo que me haría más feliz que la vuelta de Carmen.

Me levanté y le di mi pañuelo al señor. Había un brillo en sus ojos. Se veía mucha esperanza en ellos.

- Descuide. Háganme el favor de estar en la esquina de Carmen con Sol mañana a las dos de la tarde.

Salí de la casa y volví a la pensión dando un “paseíto”. Eran las siete de la tarde cuando llegué, y Carmen se entretenía haciendo una torre con las piezas de mi tablero de ajedrez.

- Ya me tenías preocupada.

Vaya...esto es nuevo.

- Mujer, mi primo, que empezó a sacarme fotos de la niñez y me ha tenido allí hasta ahora.

Empezó a desternillarse.

- ¡Que es broma, tonto! ¡A mí me vas a dar explicaciones! ¡Anda y déjate de tonterías!

Vaya hombre, ahora es ella la chistosa...pues qué bien.

Estuvimos viendo la televisión un rato, y a eso de las nueve salimos a cenar a la churrería de la tarde anterior (nos tenían que poner un monumento allí, vaya). Volvimos al hotel después de cenar y se sentó en la cama de la misma forma que la noche anterior, y yo me metí en la bañera con la misma intención de que se quedara dormida. Pero salí a la hora y allí estaba, sentada.

- Hoy no pienso dejar que duermas sentado.
- Madre mía, qué convincente puedes llegar a ser.

Me tumbé a su lado y empezamos a hablar de temas intrascendentes: de lo que haríamos cuando fuésemos algo mayores, de nuestras familias, de por qué jugaba al ajedrez...y empezó a consumirnos el sueño. A las tres de la mañana, más o menos, me abrazó y me susurró al oído:

- Gracias.

Y me dio un beso en la mejilla. Sentí cómo mi corazón empezaba a latir cada vez más deprisa.

- No hay de qué.

Y así caímos, abrazados. Ella quedó dormida en poco tiempo, y entonces aproveché para derramar las dos o tres lágrimas que había guardado y darme cuenta de que no estaba enamorado, que lo que sentía por Carmen era algo mucho más bello, algo que no pensé que se pudiese llevar a grados tan grandes: amistad. Y me eché a dormir.

Al día siguiente despertamos temprano, a eso de las nueve, y bajamos a desayunar. Subimos, hice la maleta, ya que mi tren salía a las seis de la tarde, y bajamos a la puerta de la pensión.

- ¿Qué vas a hacer ahora?
- Bueno, tengo dos billetes para Málaga. Vivo solo y en mi casa hay otra cama. Mi puerta está abierta y te puedes venir, si quieres.

Se quedó blanca y no supo qué responder.

- Piénsalo.

Y comencé a darme cuenta de que tenía que poner en marcha mi plan. Eran las doce del mediodía.

- Oye, ¿tú no sabrás dónde hay una tienda oficial del Madrid, verdad? Es que debería llevarle algo a mi hermanito...
- Sí, hay una en la esquina de la calle del Carmen con la Puerta del Sol.
- ¿Podrías llevarme?
- Claro que sí.

Cogimos un metro que nos dejó en Gran Vía. Bajamos la calle Preciados, llegamos a la Puerta del Sol y vimos el reloj de las campanadas de fin de año. Torcimos a la izquierda y vimos la tienda del Madrid.

- Ahí está –me dijo.

Miré mi reloj y vi que era la una y media.

- ¿Subes conmigo?

- Claro que sí.

Subimos a la tienda y empecé a mirar todas las camisetas, a hacerle preguntas estúpidas a las dependientas, a buscar pelotas, chancas, despertadores...todo para hacer tiempo. Cuando dieron las dos salí corriendo de la tienda y ella salió detrás mía. En la puerta de la tienda estaban los padres de Carmen. Les sonreí y me metí en el bar de al lado antes de que Carmen saliera y observé lo que ocurría. Ella salió, me buscó con la mirada y en mi lugar encontró a su madre...y se derrumbó. Se abrazó a ella y se echó a llorar...y yo hice lo propio. Sentía mucho dolor, sabía que ella estaba sufriendo en ese momento, y que en parte yo tenía la culpa, pero sabía que era lo mejor. Luego vió a su padre y...se abrazaron. Salí del bar discretamente y cogí el metro. Llegué a Atocha y me metí en un restaurante. Pedí el plato que supuse que tardaría más en prepararse y comí tranquilamente. Después me puse a jugar al ajedrez, intentando abstraerme, pero no podía. Había perdido a Carmen para siempre, ya nunca la volvería a ver. Habría sido tan fácil si no hubiera hecho nada, si sólo le hubiese ofrecido que se viniese conmigo...Pero aquello era lo correcto. Ella volvería con sus padres y sería feliz otra vez.

A las seis menos cuarto me fui al tren y me senté en mi asiento pegado a la ventana. Vi cómo los pasajeros se iban acomodando y a las seis menos cinco todo estaba listo para que saliéramos. Entonces mi móvil vibró en mi pantalón:

“Mensaje multimedia recibido”

Lo abrí y se leía “Gracias”, y traía una imagen, una flecha que señalaba a la izquierda. Miré por la ventana y...allí estaba. Carmen estaba justo al otro lado de la ventana, con sus padres, y al ver su sonrisa me di cuenta que había hecho lo mejor. Me tiró un beso y corrió un poco junto a la ventanilla mientras el tren se alejaba. Fue un poco peliculero, sí, pero ese fue el principio de una amistad que duró muchos años.